



HAL
open science

”Lima la horrible” de Sebastian Salazar Bondy: destruccion y construccion de la ciudad

Félix Terrones

► **To cite this version:**

Félix Terrones. ”Lima la horrible” de Sebastian Salazar Bondy: destruccion y construccion de la ciudad. 2006. halshs-00167333

HAL Id: halshs-00167333

<https://shs.hal.science/halshs-00167333>

Preprint submitted on 19 Aug 2007

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L’archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d’enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Lima la horrible: destrucción y construcción de la ciudad



La ciudad, el desierto y sus habitantes

Hace poco más de un año, caminaba por el Centro con un amigo antropólogo argentino, Pablo Ortemberg, y se me ocurrió preguntarle acerca de su impresión de Lima. ¿Qué tal le parecía la ciudad en tanto espacio físico? ¿Consideraba que a los limeños nos reunían circunstancias y un horizonte común o, por el contrario, la heterogeneidad era la norma en nuestra interacción como ciudadanos? De inmediato me dijo que, a diferencia de otras urbes, como Londres, París o la misma Buenos Aires, nuestra ciudad siempre le había parecido, en su constitución física y los códigos de sus habitantes, "incompleta". ¿Qué quería decir cuando afirmaba que Lima se encontraba signada por lo inacabado, la carencia de una solidez y el signo de lo inestable?

Recordé esta anécdota, su respuesta y mi incertidumbre mientras leía *Lima la horrible* y, específicamente, la sección, consagrada al conjunto urbano, llamada *El desierto habita en la ciudad* (p.95 - 106). Esta sección comienza con la cita de otro extranjero, un italiano, quien describe Lima de la siguiente manera:

Imaginad un desierto de arena que se extiende a lo largo del Océano por más de dos mil millas; a la mitad de esta escuálida costa imaginad un oasis de una cincuentena de kilómetros, rico en la más lujuriosa vegetación tropical, y en medio de este oasis una metrópoli incierta, risueña, civilizadísima, aunque aislada del mundo (A. Barazzoni). (p. 95 - 96)

Líneas más adelante el ensayista corrobora, aunque con un previo matiz, la afirmación de Barazzoni: *la descripción panorámica es justa* (p.96). Descubrimos por lo tanto que la ciudad es descrita en función a su contraste con el desierto. Es precisamente el desierto lo que le permitiría adquirir la condición *incierta* y *risueña*. La ciudad en medio de éste se convertiría en un *esguince verdeante* que, por metonimia, sería contrapuesta a la infertilidad del páramo. De este modo, la vida, es decir el oasis, se encontraría cercada por lo yermo, una región ignota y desconocida que la mantiene, como dice la cita, aislada del mundo, aunque siempre *civilizadísima*.

A esta primera caracterización de Lima, en tanto espacio físico, se le suma otra que se encuentra más vinculada con la demografía. En este sentido, se expresa el ensayista cuando, líneas adelante, señala que *ninguna ciudad es únicamente su marco geográfico ni simplemente su paisaje urbano, sino sus gentes* (p.96). De este modo, se articula una dualidad en la ciudad: ésta no sólo es el conjunto arquitectónico sino que también es la sociedad que vive y circula en ella.

Es necesario considerar esta dualidad pues no sólo tendrá ecos a lo largo del texto sino que además forma parte medular del argumento. Más adelante profundizaré más; en este momento, para terminar con la caracterización de la ciudad, conviene añadir que para el ensayista el espacio físico y sus ciudadanos se encuentran vinculados de una manera estrecha. Salazar Bondy es categórico cuando afirma que el espacio *actúa sobre la materia humana modelándola mediante prolijos golpes* (p.96). Debemos considerar, por lo tanto, que antes que ser instancias ajenas entre sí, el espacio y su gente, ambos se reclaman para configurar, anverso y reverso de la misma moneda, la urbe que enfrenta ese vacío polvoriento y erizado que la rodea y amenaza.

Y esta moneda, es decir la ciudad, es equiparada con el lenguaje cuando se dice que *es como una caligrafía en cuyos rasgos es dable descifrar la incógnita*

de un espíritu colectivo, de una cultura que suma y condensa individualidades, clases y épocas (p.96). Lo mismo que un paleógrafo, el ensayista se arrojará a la caza de los signos de la ciudad y descifrar su ortografía para después interpretarla bajo la luz de su postura ética y política. Toca ver, por lo tanto, qué encuentra en la ciudad y cómo la traduce el enunciador de nuestro texto.

El maquillaje del vacío: la ciudad es horrible

Líneas más adelante se hará alusión una manera precedente de entender la ciudad:

De tal manera, la ciudad oteada desde lejos – como se la ve en tantos grabados – simuló una población morisca de bulbos y encajes, *tal como si fuera una fiel réplica de Damasco o de Bagdad* (José Sabogal), y habitada luego, en gracia del familiar hospedaje, dio pábulo al hallazgo de consanguíneos parentescos con Andalucía, de la que, sin embargo, una mente tradicionalista la consideró *reflejo borroso y pálido...disfrazado y contrahecho* (Riva Agüero). (p.100)

Desde lejos, esta urbe latinoamericana parecería nada menos que una población morisca, para ser exactos un epígono de una ciudad del sur de España, Andalucía. Poco antes referí el hecho de que la ciudad necesitaría del contraste con el desierto para poder constituirse como tal, cabría añadir que la personalidad de Lima aparecería, en un movimiento consecuente, solo después de ser igualada con otra. ¿Cuál es la posición del ensayista con respecto de esta homologación con un espacio urbano remoto, homologación que, en suma, refleja nuestra carencia de identidad?

Si reparamos en el léxico que utiliza podremos clarificar su postura: *la ciudad oteada desde lejos simuló una población morisca, [...], una mente tradicionalista la consideró reflejo borroso.* Tanto uno como otro verbo denuncian, primero la mentira y después la ausencia de rasgos particulares. Ahí donde otros encuentran la belleza de parecerse a una de las más romantizadas regiones de España - recordemos nada más Carmen de Merimé - el ensayista descubre el embuste; ahí donde otros encuentran el oasis edénico, el ensayista devela el horrible infierno. Poco después es aún más lapidario cuando afirma que los limeños

Prefirieron remedar con lo insuficiente los modelos que en las pupilas traían los inmigrantes y que imaginaban por los indicios de una lámina quienes aquí habían nacido. Y el *pastiche* se hizo – cosa difícil – como quien hace de tripas corazón. (p. 101)

Denunciada la identidad de cartón piedra y la impotencia para ser en el presente de la ciudad, el ensayista se encarga de enfatizar en algo aún más grave: si la ciudad es un remedo de otra, nosotros sus habitantes nos encontramos esclavizados por la nostalgia. Dicha nostalgia es el síntoma de nuestra impotencia para deshacernos del influjo hispánico.

A la Arcadia Colonial no le interesó otra cosa que la actualización del ayer, volviendo para ello de revés al tiempo, porque el tiempo que deviene sin controversia pasatista pone en evidencia más y más que la humanidad – y el Perú, y Lima – quiere y requiere una revolución. (p.104)

De este modo, la Colonia será exhumada con el doble objetivo de calcar su gloria y, al mismo tiempo, negarle el paso al tiempo. ¿Cuál sería la consecuencia de esto? Ninguna otra que la conservación de las prebendas, el generar una ciudadanía dividida y estratificada: una parte, la que se reclama

criolla, es aquella digna de ser llamada limeña, mientras que la otra, la excluida de la Arcadia Colonial, es la obligada a arrastrar el arado del desprecio y la subordinación. La escapatoria para a esta suerte callejón sin salida de no sería nada más que la revolución. Desde luego, la revolución supone patearles el tablero a los modelos que se consideran caducos y enajenantes para, en lugar de ellos, plantear una ciudad y una sociedad más acordes con la verdad. ¿Qué tipo de revolución y sociedad fruto de ésta plantea *Lima la horrible*?

Las claves para entender y constituir una nueva ciudad

La falta de identidad de Lima antes que encontrar su solución en la construcción de ésta resulta ser, desde el planteamiento del ensayo, el retorno a otro tipo de pasado. Pese a que en una sección anterior, el ensayista ya había formulado una exaltación del pasado indígena, es en *El desierto habita en la ciudad* que se plantea de una manera rotunda la puerta de escape a la encrucijada a la que habría llegado la ciudad:

querían, para negar al desierto, una arquitectura con la substancia propia del asiento, como lo habían hallado – H. Buse lo ha podido demostrar – los habitantes prehispánicos de la región. Prefirieron remedar con lo insuficiente los modelos que en las pupilas traían los inmigrantes y que imaginaban por los indicios de una lámina quienes aquí habían nacido. Y el *pastiche* se hizo – cosa difícil – como quien hace de tripas corazón. (p. 101)

Acabamos de ver que Lima imita a otras ciudades, en tanto espacio físico, y al mismo tiempo vive, en términos sociales, contaminada de un conservadurismo disfrazado de nostalgia. Resulta que estos dos pecados que nos condenaron a vivir sin rostro en un presente renunciado de futuro, se deben a la impotencia que se tuvo para organizar una arquitectura acorde con el contexto, es decir el desierto. La arquitectura limeña jamás pudo hacerse una con el desierto, al contrario, siempre procuró negarlo con los afeites y modelos extranjeros como el *plateresco* y el *barroco*.

Sin embargo, hubo quien sí lo hizo y lo sorprendente es que lo hizo antes. Dice el texto: *como lo habían hallado* [es decir, una ciudad acorde con el paisaje y la naturaleza] *los habitantes prehispánicos de la región*. De este modo, el ensayista afirma que lo que hicieron los españoles, por lo tanto, sino, sobre todo, instaurar la ruptura con el medio ambiente, es decir disfrazar el desierto. Felizmente, tenemos al ensayista que lee la verdadera caligrafía del embuste: la respuesta verdadera al desierto sería aquella de los pueblos cuya herencia indígena se ha procurado negar durante gran parte de nuestra historia Republicana.

Si el afán colonialista, representado en nuestros edificios hispanizantes, se refleja en una sociedad cerrada, entonces la respuesta a este, es decir la valoración del pasado prehispánico tendrá un eco en la apertura del concepto de ciudadanía. Y la apertura del concepto de ciudadanía supone reconocer como limeños a esa gran mayoría que desde décadas antes había empezado a cambiarle el rostro a la ciudad. Lima la horrible dejará de serlo cuando, como dice el texto, *llegue la hora [...] de restaurar aquí como en todas partes la solidaridad que reúne a los hombres por el éxito común, la libertad que permite la movilidad de los más humildes a los más altos lugares, el bejuco de la confianza mutua y la propiedad comunal que antes de la usurpación simbolizaba en cada puerta el amor comunal* (p.50). La exaltación del pasado,

como alternativa a la ciudad de corte racista y enajenante, encontraría en el valorar lo que según el texto nuestro, una verdadera revolución. En este sentido la ecuación espacio físico y habitantes por fin podría obtener como resultado a la ciudad.

Cortocircuitos en el planteamiento¹

Sin embargo, la postura enarbolada por Salazar Bondy, tiene una grieta que nos muestra a un ensayista que al mismo tiempo de perfilar una imagen liberal deja entrever una ideología cavernaria, por lo tanto se trata de un cortocircuito al interior mismo de su discurso. Recordemos que al inicio de esta ponencia subrayé el hecho de que según el texto la ciudad encontraría su corporeidad en la medida en la que se contrapone al desierto. Frente al espacio baldío, Lima se expande con todo su *verdor*, ordenando ese yermo. Más allá de sus límites no habría nada más que esa extensión casi infinita de arena a la que nadie más que a los gallinazos le interesa. Resulta curioso, por decir lo menos, que en esa suerte de descripción al vuelo que realiza el ensayista de aquello que se encuentra fuera de la ciudad aparezcan las barriadas populares:

Las barriadas populares chorrean paralelas al río desde los cerros eriazos y melancólicos el terral de su miseria, y cercan por otros puntos la urbe con su polvo, su precariedad, su tristeza. (p.97)

Chorrean, cerros eriazos, melancólico terral, miseria, precariedad y su tristeza: por donde se vea la imagen que se presenta del pueblo es negativa, signada por su pobreza. Podríamos pensar, en una primera instancia, que se trata de mostrar el extremo al que ha llegado la ciudad. Hay una palabra clave dentro de la cita que podría refrendar esta especulación: *cercan por otros puntos la urbe*. Cercan. Las barriadas antes que ser parte integrante aunque ancilar de la ciudad no se encuentran integradas a ella. Por el contrario, ellas son la frontera del desierto, la antagonista horrenda del *hortus clausus* castizo y limeño a la vez.

Como si se tratara de una amplificación posterior, varias líneas después el ensayista retoma la figura del cerco para aludir a la presencia de las barriadas:

Lima no acumula experiencia pues hoy debiera rememorar – sea permitida la digresión – aquellas fechas pues otros ejércitos hambrientos la cercan para poseerla y hacerla expiar sus largas indiferencias. *Hemos de lavar en algo las culpas por siglos sedimentadas en esta cabeza corrompida de los falsos wiraqochas, con lágrimas, amor o fuego. ¡Con lo que sea! Somos miles de millares, aquí, ahora,* amenazan en la voz de José María Arguedas, los nuevos sitiadores. En 1879, el alud fue precedido por augurios semejantes. Lima rindió, al fin, la coronada frente. Y desde entonces ciertos limeños contestaron la preeminencia de su ciudad natal. (p.151)

La revolución en Salazar Bondy es un regreso al pasado. Dicho regreso al pasado exalta el ayer comunitario de los habitantes indígenas y prehispánicos de la ciudad al mismo tiempo que condena la ensoñación con el pasado virreinal. ¿Por qué, entonces, asimilar a los inmigrantes y sus barriadas primero con el desierto y después como un ejército enemigo (como lo fue el chileno)?

Hay un tufo a pacatería en todo esto que me es imposible no señalar. ¿No parece Salazar Bondy otra beata atemorizada de que se deslice en su convento

¹ Tomo la expresión de una conversación que tuve con Marcel Velásquez acerca de las contradicciones del texto.

el cholo guaso? La ciudadanía en la Lima de Salazar Bondy no será consecuencia del consenso social y el encaminamiento de sus ciudadanos en un proyecto conjunto de identidad y desarrollo sino que será fruto de la cesión de unos y la conquista por medio de la violencia, o la amenaza de ésta, de otros. En este sentido, los limeños deberán, si no quieren pagar caro la indiferencia, ceder y reconocer la ciudadanía a los recién llegados. El planteamiento del ensayista, inicialmente de talante liberal, es revelado al final como la reacción del temor a la amenaza que significa el cerco de barriadas. La revolución tan cacareada por Salazar Bondy, no sería más que la cínica transformación con el fin de evitar un enfrentamiento y, en el peor de los casos, mantener las prebendas que mantiene la vigencia del poder.

Conclusiones

En *Lima la horrible* se plantea entender a la ciudad en tanto espacio urbano y en tanto grupo humano. Ambas coordenadas se encontrarían intersecadas por el hecho de que el primero determina las acciones del segundo. Por lo tanto resultaría imposible entender la una sin la otra. Desde esta perspectiva, el ensayista desmantela a la ciudad de corte pues, en primer lugar, ella no es más que un remedo y, en segundo lugar, se trata de un pastiche que es la coartada de la exclusión. En lugar de ello, Salazar Bondy plantea una planificación y un crecimiento urbanos más acordes con la naturaleza desértica del medio: casualmente, lo que hicieron los primeros habitantes de la ciudad. Por lo tanto, este planteamiento que se presenta como revolucionario, es al mismo tiempo un ejercicio arqueológico de recuperación de una antiquísima herencia. El futuro no puede ser delineado sin el pasado indígena que resultaría una expresión *avant la lettre* del comunismo. Sin embargo, el concepto de ciudadanía tiene en *Lima la horrible* una cualidad problematizadora: si bien se plantea que ésta se alargue de una buena vez a los migrantes y sus descendientes, actores que produjeron, desarrollaron y consolidaron el fenómeno de las barriadas, al mismo tiempo se formula que esta acción permitirá esquivar consecuencias ya conocidas con otra invasión, la chilena de la Guerra del Pacífico. Ceder para protegerse antes que integrar para desarrollarse pareciera ser la consigna que plantea Salazar Bondy.

En este sentido, se me ocurre que *Lima la horrible* podría ser vista como un esfuerzo de su generación y horizonte por construirle una identidad a la ciudad de Lima, una identidad englobante que logre abarcar la heterogeneidad racial, económica y cultural de nuestro espectro social. Así se me ocurre que la respuesta de Pablo, mi amigo argentino, el carácter inacabado de nuestra ciudad, se convierte a la luz de la lectura de *Lima la horrible* en la explicitación de una tarea, la de llenar ese vacío de nuestra constitución urbana con una efectiva política de desarrollo en la que se pueda embarcar a todos los actores sociales en un proyecto conjunto de ciudad.

Lima, 7 de septiembre del 2006